

De las "Historias Naturales" de Jules Renard

Traducción y envío de CARMÉN LIRA.

EL MARTIN-PESCADOR

ESTA tarde ningún pez ha mordido el anzuelo, pero yo traigo una rara emoción.

Cuando tenía mi caña tendida, un martín-pescador ha venido a posarse en ella.

No tenemos pájaro más brillante.

Parecía una gran flor azul en el extremo de un largo tallo. La caña cedía bajo el peso. Yo no respiraba, muy orgulloso de que un martín-pescador me tomara por un árbol.

Y estoy seguro de que no ha volado de allí por miedo: ha creído pasar de una rama a otra.

EL RATON

CUANDO a la claridad de la lámpara, escribo mi cotidiana página, oigo un ligero ruido. Si me detengo, cesa. Comienza en cuanto vuelvo a rascar el papel.

Es un ratón que despierta.

Adivino su ir y venir en el borde del hueco oscuro en donde nuestra criada pone sus limpiones y sus cepillos.

Salta al suelo y corretea sobre las baldosas de la cocina. Pasa cerca de la chimenea, bajo el fregadero, se pierde entre la vajilla, y por una serie de reconocimientos que aventura cada vez más lejos, se aproxima a mí.

Cada vez que pongo a un lado mi mango de pluma, se inquieta con este silencio. Cada vez que me sirvo de él, cree que tal vez hay otro ratón en alguna parte, y se tranquiliza. Luego no lo veo: está bajo mi mesa, entre mis piernas. Circula por las patas de la silla. Roza mis zuecos y mordisquea su madera, o, atrevido, ¡he aquí que se mete en ellos!

No debo mover la pierna, ni respirar fuerte: huiría.

Pero es preciso que yo continúe mi escritura, y de temor que me abandone a mi fastidio de solitario, escribo signos, simplezas, poquito a poco, pasito, pasito, como él roe.

LA LAGARTIJA

HIJA espontánea de la piedra hendida en que me apoyo, me salta sobre el hombro. Ha creído que soy la continuación del muro porque me quedo inmóvil y porque tengo un gabán color de pared. Sin embargo, eso halaga.

El Muro:—No sé que escalofrío me pasa por la espalda.

La Lagartija:—Soy yo.

LA LOMBRIZ

¿DE qué vientre ha caído este cólico?

EL GUSANO DE LUZ

¿QUÉ pasa? ¡Las nueve de la noche y todavía hay luz en su casa!...

LA MARIPOSA

ESTE dulce billete plegado en dos, busca la dirección de una flor.

LAS HORMIGAS

CADA una parece un 3.
¡Y cuántos hay! ¡Cuántos!
Hay 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3... hasta el infinito.

EL SALTÓN

¿SERÁ el gendarme de los insectos? Durante el día entero, salta y se aferra a los calzones de invisibles cazadores furtivos que jamás atrapa.

Las hierbas más altas no lo detienen. Nada le da miedo, porque tiene botas de siete leguas, un cuello de toro, una frente genial, el vientre es una carena, alas de celuloide, cuernos diabólicos y un gran sable en el tra-sero.

Como no se puede tener las virtudes de un gendarme sin los vicios, es preciso confesar que el saltón *masca*. Si crees que miento, persíguelo con vuestras manos, juega con él «a las cuatro esquinas»⁽¹⁾, y cuando lo hayas cogido —entre dos saltos— sobre una hoja de alfalfa, observa su boca: por sus terribles mandíbulas segrega una espuma negra como jugo de tabaco.

Pero ya no lo tienes. La rabia de saltar se apodera de nuevo de él. El monstruo verde se escapa con un brusco esfuerzo, y, frágil, desmontable, te deja una patita en la mano.

EL GRILLO

Es la hora en que, cansado de vagar, el negro insecto vuelve de pasearse y repara con cuidado el desorden de su dominio.

(1) El juego que llamamos *Comgran huevos*.

Primero rae sus estrechas avenidas de arena. Hace serrín que esparce en el umbral de su retiro. Lima la raíz de esta gran hierba propia para molestarlo.

Descansa.

Luego da cuerda a su minúsculo reloj.

¿Ha terminado? ¿Acaso está reven-tada? El reposa un poco todavía.

Entra en su casa y cierra la puerta.

Por largo rato da vueltas a la llave en la delicada cerradura.

Escucha:

Nada alarmante afuera.

Pero no se encuentra en seguridad.

Y como por una cadeneta cuya polea rechina, desciende hasta el fondo de la tierra.

Después... no se oye nada.

En la campiña muda, los álamos se elevan cual dedos en el aire y señalan la luna.

LA POLILLA

NEGRA y encolada como un agujero de cerradura.

LA PULGA

UN grano de tabaco con resorte.

LAS MOSCAS DE AGUA

UNA encina es lo único que hay en el centro del prado, y los bueyes ocupan toda la sombra de sus hojas. Con la cabeza baja hacen ademán de embestir al sol.

Estarían bien sin las moscas.

Pero es que hoy verdaderamente devoran. Las negras se pegan, acres y numerosas: son placas de hollín en los ojos, en las narices, hasta en los ángulos de los labios; las verdes chupan de preferencia en la última desolladura.

Cuando un buey sacude la piel o patea la tierra seca, la nube de moscas se levanta con un murmullo. Se diría que fermentan.

Hace tanto calor que en las puertas, las viejas comadres olfatean la tempestad y bromean de miedo:

—¡Cuidado con el burubrum!, dicen.

Allá abajo, un lanzazo luminoso, traspasa sin ruido el cielo.

Cae una gota de lluvia.

Los bueyes advertidos, levantan la cabeza, se acercan hasta el borde de la encina y resoplan con paciencia.

Ya lo saben: he aquí que las buenas moscas vienen a echar a las malvadas.

Al principio raras, una por una, luego apretadas, todas juntas, se lanzan del cielo desmenuzadas, sobre el enemigo que cede poco a poco, se aclara, se dispersa.

Al poco rato, chorreando agua desde la nariz hasta la cola, los bueyes ondulantes satisfechos bajo el enjambre victorioso de las moscas de agua.